

## 4. ¿Quién gana la guerra contra el narcotráfico?<sup>6</sup>

*Sergio Aguayo Quezada<sup>7</sup>*

Adelanto una respuesta que tiene, como hilo conductor, la centralidad de la información. Empiezo con lo verificable. El Estado salió de su catatonia y lanzó la primera ofensiva sería contra el crimen organizado. Fue una decisión un tanto improvisada; Felipe Calderón no tenía idea de lo que le esperaba. El 15 de junio de 2008 le comentó al director de *El País* que “cuando llegué a la presidencia, [el] alcance [del narco] era ya insostenible. Llegué al quirófano sabiendo que el paciente tenía una dolencia muy grave; pero al abrirlo nos dimos cuenta de que estaba invadido por muchas partes y había que sanarlo a como diera lugar”. ¿Diagnosticó bien la dolencia o provocó una metástasis?

Con otra perspectiva, lo que hemos visto en el tiempo que lleva en el gobierno es una batalla en la cual la calidad de la información es vital. El crimen organizado la tiene y de primera. El gobierno y la sociedad están generándola y ello permite categorizar mejor los contornos de la amenaza y adelantar una respuesta a la pregunta: ¿quién gana?

Las buenas noticias. Si la competencia fuera entre gobernantes, Calderón derrota, y con holgura, a Fox y Zedillo. Cuando se comparan los resultados de los primeros 18 meses de los tres gobiernos en el de Calderón se dispara el número de detenidos y la cantidad de decomisos de droga, dinero, armas, aeronaves, etcétera. Otro indicador positivo es una reducción notable en el número de desertores del ejército, una parte de los cuales alimenta las filas del sicariato. Si en 2006 botaron el uniforme 20,536, en 2007 fueron 15,665. La explicación más plausible es que está teniendo efectos positivos el fuerte incremento concedido a los salarios de los militares.

Las malas noticias. Que Calderón derrote a Fox y a Zedillo no justifica una fiesta de la victoria. Las cifras empequeñecen cuando se les compara con lo que sabemos sobre el dinero que se mueve en el negocio de la droga. El efecto sobre el negocio sigue siendo menor. Con un criterio bastante conservador, en el primer año y medio de gobierno el valor de lo decomisado representa una merma para los cárteles de sólo el 6% del dinero que mueve. El impacto sobre el trasiego de armas es todavía más insignificante: únicamente se capturó 1.4% del total del armamento que se estima ingresó al país durante los primeros 18 meses de este gobierno.

Pese a que sabemos más, sigue habiendo más preguntas que respuestas. ¿cuántos desertores –policías y militares– se convirtieron en sicarios?, ¿de cuántos efectivos arma-

<sup>6</sup> Síntesis de los artículos publicados en el diario *Reforma* los días 24 de septiembre de 2008 “¿Quién gana?”, y del 17 de diciembre de 2008 “La Barrett 50”.

<sup>7</sup> El Colegio de México.

dos disponen los cárteles?, ¿cuál es su base social?, ¿cuántas de las armas ilegales no decomisadas están en manos de los cárteles?, ¿qué tanto participa el crimen organizado en la política federal, estatal o local?, ¿tiene, el Estado mexicano, algún plan para anticiparse a los riesgos asociados con la mayor presencia estadounidense en las instituciones de seguridad mexicanas?, ¿y si falla el ejército en el combate al narco, qué sigue?...

También es necesario analizar el consumo, porque en tierra de ateos sucedió el milagro: un año después de lo debido, la Secretaría de Salud acaba de dar en la capital los resultados preliminares de la Encuesta Nacional de Adicciones. Según esta encuesta, en los últimos seis años otro millón de personas probó las drogas y de ellos alrededor de 150 mil desarrollaron dependencia a la adicción. Otra mala noticia es que los jóvenes sin estructura familiar son los más expuestos y de esos hay muchísimos. Cuando se conozca la versión definitiva podré contrastar mi primera impresión: dicha encuesta subestima el aumento en el consumo.

Con lo que sabemos es posible asegurar que la política de Calderón hacia las drogas sigue teniendo dos patas en lugar de tres. Los recursos se dirigen a frenar la producción y el tráfico, sin embargo se dedica una atención insuficiente tanto a las adicciones como al narcomenudeo.

Otro factor decisivo es el tipo de armamento. Mientras el procurador Eduardo Medina Mora bordaba un optimista balance sobre la guerra contra las drogas el pasado 10 de diciembre de 2008, sus guardaespaldas pusieron a su lado una temible Barrett calibre 50. El arma jaló atención, forjó consenso... y recordó cuán débil es el Estado frente a los cañonazos de la corrupción.

En sus primeros 10 minutos, Medina Mora condujo el tour por las tesis oficiales: los gobernantes previos se descuidaron... prosperó a niveles escandalosos el crimen organizado... intervino el gobierno de Felipe Calderón... pese a las dificultades triunfará el Estado... se requiere del respaldo total del gobierno de Estados Unidos con el cual se tiene una cooperación sin precedentes plasmada en la Iniciativa Mérida. Así, establecidas las bases, solicitó la colaboración de Washington para controlar el trasiego de dinero, y frenar la avalancha de armas que llegan desde los 12 mil puntos de venta localizados en el lado estadounidense de la frontera común. Los colaboradores de Medina Mora entraron en procesión con el arma preferida por los francotiradores. Como si fueran anticuarios manipulando reliquias, depositaron la Barrett calibre 50 en una mesa colonial colocada a la siniestra del procurador. Había leído sobre la Barrett, pero nunca la había visto tan cerca. Asusta y fascina. Mide un metro con 22 cm, cuenta con dos patas para sostener un cañón largo, es esbelta y de su elegante gris metálico se desprenden destellos funerarios. De la recámara le sale, como joroba, una gigantesca mira telescópica para ver de cerca al blanco. Tiene un cargador para 10 balas que perforan blindajes, atraviesan concreto y, según algunos, tumban helicópteros.

Dicha arma es tan destructiva, que un juez militar estadounidense consideró pertinente emitir una opinión legal aprobando su utilización contra enemigos. Como si al procurador pareciera gustarle la trivía, comentó que el récord mundial lo tiene un francotirador canadiense, quien en Afganistán pulverizó, con una Barrett, a un enemigo a 2,400 metros de distancia. El narco mexicano cuenta con docenas de Barretts; en un solo operativo en Reynosa les incautaron 17.

Con la atención ganada, Medina Mora lanzó un disparo que dio en el blanco. Esta Barrett 50 cuesta unos 4 mil dólares, y le fue incautada a un cártel que la andaba estrenando. Por haber sido adquirida en Estados Unidos el procurador criticó, desde diferentes ángulos, la facilidad con la cual se pueden adquirir armas en aquel país (un derecho garantizado en la Segunda Enmienda de la Constitución). Sin condenar los modos agresivos del vecino, el procurador mexicano subrayó que la “Segunda Enmienda no fue pensada para armar criminales”. En consecuencia, lanzó una petición a través de los estadounidenses presentes en la sala: reinstalar la prohibición de la “venta de rifles de asalto”; la llegada de Obama podría hacerlo posible.

Fue un planteamiento sensato, impecable, irrefutable. Fue una presentación exitosa porque demostró que urgen más controles sobre la venta y la exportación ilegal de armas a México. Sin embargo, el análisis del procurador tiene flancos débiles. Aseguró, por ejemplo, que el ejército entró a la guerra de las drogas porque los cárteles tienen mejor armamento que los policías; de ello se desprendió que, cuando se interrumpa el suministro de armas, los militares regresarán a los cuarteles. Medina Mora olvidó decir que si las fuerzas armadas patrullan calles, instalan retenes, catean casas y detienen sospechosos es por la debilidad de instituciones como la Procuraduría que él preside.

La principal amenaza del narco no está en su armamento, sino en esos cañonazos en efectivo que corrompen personas y han llevado al desmantelamiento, en los últimos meses, de las cúpulas de la PGR y la SSP. Por la violencia generalizada, y la corrupción desenfrenada, avanza la percepción de que México está convirtiéndose en un “Estado fallido”. En el gabinete de Calderón hay quienes tienen una visión pesimista.

El jueves 27 de noviembre de 2008, el general secretario de la Defensa, Guillermo Galván Galván, desayunó en su despacho con un grupo de comunicadores. Uno de los presentes, Leonardo Curzio, me sintetizó la esencia del mensaje castrense: la seguridad interna del país está en riesgo grave porque el ejército se está desgastando ante la capacidad de los cárteles de operar en todos lados, porque no se obtiene la colaboración deseada de los gobernadores y presidentes municipales (en especial algunos del PRI), y porque el presidente no se lanza contra aquellos políticos que presuntamente protegen o toleran a los capos (siempre exige pruebas formales).

Si uno lleva ese razonamiento a su conclusión lógica, Felipe Calderón está mostrándose laxo en el combate a la corrupción. Se inhibe por la debilidad del Estado, y

por esos compromisos que lo obligan a respetar una corrupción sistémica. La moraleja es evidente: en la guerra del narco la calidad del armamento es importante; lo son más esos cañonazos de corrupción sobre la consistencia de personas, instituciones y discursos.